

AÑO VI.—NUM. 257

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid 12 de abril de 1934



EL CONCIERTO



El señor Relamido tenía una fragua por pulmones y ganta, y se preparaba a unas oposiciones para bombardina mayor del teatro "La Martinica". En el examen, el director le rogó que no se



cohibiera, porque era algo "leniente" de oído. Relamido dió rienda suelta a sus pulmones, y el bombardino se descoyuntó. El pabellón fué a incrustarse en las narices del director, quien en-



furecido, declaró a Relamido fuera de concurso.

LAS PERLAS MAS FAMOSAS DE LA HISTORIA

Las primeras perlas de que habla la historia, y también las más famosas, sin duda alguna, son aquellas dos perlas de forma de pera que adornaban las orejas de Cleopatra, y de las cuales nos habla Plinio en su Historia Natural (Libro XIX, cap. 33). Procedían por herencia de soberanos orienta-



les. Cuenta la leyenda que deseando Cleopatra superar en prodigalidad a Marco Antonio, le ofreció un banquete y durante él, cogiendo una de dichas perlas, la disolvió en vinagre y se bebió la mezcla. Este hecho es muy discutible, porque para que pudiera disolverse una perla de tal tamaño se necesitarían varios días o hubiera sido preciso reducirla a polvo y ponerla en maceración en algún ácido fuerte. Añade la leyenda que de no haberlo impedido Lucio Plauto, Cleopatra hubiera destruido también la segunda perla. Esta fué luego llevada a Roma juntamente con los tesoros de la citada reina, y Augusto la hizo partir en dos para adornar la Venus de Praxiteles que se hallaba en el Partenón. Este par de perlas fué tasado en diez millones de sestercios, que vienen a equivaler a más de cien mil millones de pesetas.

EL CARDENAL Y EL LOCO
El Cardenal de Noailles solía

visitar con frecuencia a los pobres, a los presos y a los enfermos de Bicêtre. En una de sus visitas quiso ver el departamento de los locos.

Un hombre de unos cuarenta años se acercó a su Eminencia y le suplicó encarecidamente que se interesase por obtener su libertad.

—Yo, eminentísimo señor—le dijo—, no debería hallarme recluido en este lugar. Pero es el caso, que yo poseo un modesto patrimonio, y mis parientes, por apoderarse de él, acudieron al procedimiento de decir que yo estaba loco, y así lograron encerrarme en el manicomio. Ruego a vuestra Eminencia que se digne examinar-me, hacerme preguntas y hablarme de cualquier asunto, y no tardará en reconocer la injusticia que conmigo se está cometiendo.

Efectivamente, el Cardenal, después de media hora de conversación, creyó que aquel hombre estaba perfectamente en sus cabales y no dudó de que era una víctima de sus familiares.

—Lamento de veras vuestra desgracia—le dijo el Cardenal—, y os prometo interesarme para que



recobréis cuanto antes vuestra libertad. La semana próxima volve-

ré y espero poder traerlos la orden de libertad.

—Ahora tengo que pedir a vuestra Eminencia otro favor—añadió el recluso—, y es que cuando haya de venir no sea sábado, porque ese día precisamente suelo recibir la visita de las almas del Purgatorio.

—Habéis hecho muy bien en advertírmelo—dijo el Cardenal despidiéndose.

Ni que decir tiene que el Prelado renunció a toda tentativa de lograr la libertad del pobre loco.

CARINO PATERNO

El rey de Francia Enrique IV, que fué también un padre tierno y cariñoso, hallábase cierto día jugando con su hijito en uno de los salones de su palacio, andando a



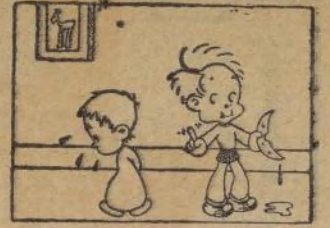
gatas y llevando sobre la espalda al que luego había de ser su sucesor con el nombre de Luis XIII.

Inopinadamente entró en aquella estancia un embajador, y sorprendió al soberano en aquella postura que nada tenía de majestuosa. Pero el rey, sin inmutarse, le dijo: —señor Embajador; ¿tenéis vos también hijos?

—Sí, Majestad...

—Entonces—añadió el rey—puedo acabar de dar la vuelta a la sala.

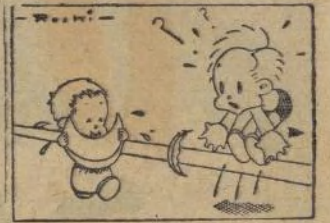
LA TAJADA DE MELÓN



Pistolo saboreaba una riquísima tajada de melón, mientras a su hermanito Ramonchi se le hacían aguas la boca y los ojos. Pe-



ro Ramonchi no se andaba con chiquitas, y asomándose a la ventana, vió en el cielo otra tajada mucho más grande y más llena...



Así, que ni corto ni perezoso, Ramonchi se encaramó en una silla y bonitamente cogió la luna que allí estaba colgadita, al alcance de la mano.

Aventuras de Tarugo y Perdigon



Tarugo y Perdigon habían decidido ayudar al capitán Terremoto en la busca y captura del fiero carnero de las montañas. Y aquella tarde buscaron al capitán para exponerle un medio de cazar al terrible animalito.



Como sabían que el carnero le tenía a Terre-Moto la misma rabia que los niños al aceite de ricino, Perdigon confeccionó una máscara parecida al capitán, mientras Tarugo sembraba el camino de sal, su cebo favorito.



El carnero distinguió en seguida aquella contrafigura del capitán Terre-Moto, aunque un poquillo escamado, porque aquello le olía a gato encerrado. Los cazadores, convenientemente escondidos, vigilaban atentamente.



El carnero, firmemente decidido a terminar de una vez con el cazador, arremetió impetuosamente contra la máscara, colándose dentro del tonel que habían preparado como trampa los heróicos cazadores de carneros.



Más contentos que si les hubiera tocado una aproximación del gordo de Navidad, nuestros amigos cerraron concienzudamente el tonel, entre las exclamaciones de júbilo de Terre-Moto, al ver conseguido su propósito.



Pero el pobre capitán no sabía la que le tenían preparada los pilluelos. En tanto que cargaba ufano con su trofeo, Tarugo cortaba las cuerdas del tonel con la intención de que ocurriera una tragedia.



Quince segundos después, el carnero saltó de la trampa, dándose un golpe en la retaguardia que le hizo ver todas las constelaciones. ¡Mi madre!—exclamó Terre-Moto mascando el drama—¡Me la he buscado por torpe!



En efecto; el carnerito del primer viaje elevó por los aires al capitán, haciéndole entrar en barrena dentro del tonel, entre las exclamaciones de regocijo de los pilluelos que pedían la oreja del capitán.



No contento con aquella faena, el morucho, con más rabia que si le hubiese picado una avispa en la punta del rabo, se lanzó a todo gas sobre la cuba, con la sana intención de hacer puré a Terre-Moto.



Igual que un aerolito, así cayó Terre-Moto desde lo alto de la montaña al mar, junto al sitio en que Barba Cana y compañía se jugaban las pestañas al mus ilustrado, procurando hacerse el mayor número de trampas.



El asombro, la estupefacción y la ira de los tres compinches fué formidable ante la aparición brusca del capitán; pero como no era cosa de dejar que se ahogase, le sacaron a flote con el agua al cuello.



Y mojado, tundido, quebrantado y vapuleado, así llegó Terremoto a su casa, con más lesiones que si volviera de la guerra europea. La ensalada de palos que se iba a organizar, iba a formar época en aquella isla.

La gallina de Oro

Kalondi era un rico potentado que derrochaba el dinero a manos llenas; una mañana fué a abrir el arca donde guardaba el dinero, y vió con asombro que tan sólo le quedaba, por todo capital, un trozo de oro purísimo.

—No debo preocuparme—pensó—; si no tengo caudales, no me faltará que comer, pues en mis patios debe de haber abundancia de volátiles.

Con esta seguridad recorrió todos los patios de su palacio, y solamente encontró con gran asombro suyo, una galli-



na. Esta modesta ave de corral era todo lo que, juntamente con el trozo de oro, le quedaba al rico Kalondi.

Pero si era derrochador, también era astuto e ingenioso, y al instante pensó una idea que le sacase de aquel terrible apuro. Cogió la gallina, y querías que no, le hizo tragarse el trozo de oro, ante las lamentaciones del buen ayuda de cámara que tomaba aquello por una nueva locura de su amo. Pero Kalondi cogió su gallina bajo el brazo y dirigiéndose con ella al palacio real, pidió audiencia para ver al Emperador. Le concedieron la audiencia, y Kalondi exclamó, dirigiéndose al monarca: "¡Oh, soberano de los hombres! Quiero hacerte un regalo digno de tu realza, y te traigo una gallina maravillosa, que tiene la cualidad de que lo que come se transforma en oro". El rey quedó maravillado ante aquellas palabras, y Kalondi entonces, a vista suya, mató la gallina y, efectivamente, en el buche del



animal aparecieron las partículas de oro.

Impresionado por lo que veía el rey, le preguntó a Kalondi dónde se había criado aquel ave de maravilla, y el tunante respondió que no podía decirse, pues había hecho juramento de no revelarlo a nadie; pero que en honor al monarca podría comprarle doscientas gallinas de aquellas que las vendían por trescientas monedas de plata cada una. Entonces el rey le dió orden para que cobrase en tesorería sesenta mil monedas de plata, y Kalondi al día siguiente cobró las monedas y regresó al palacio con doscientas gallinas que picoteaban a su alrededor en los patios del alcázar.

El rey mandó entonces matar una gallina, y, como era de esperar, solamente hallaron unos granos de trigo en el buche del animalito. Entonces el rey siguió mandando que matasen más galli-

nas, y mataron las doscientas sin que saliera un solo grano de oro. Encolerizado el monarca por aquella burla, mandó a sus guardias que apresasen a Kalondi, muerto o vivo. Los guardias corrieron a cumplir su encargo, y tanto se apresuraron, que llegaron a tiempo de cazar a Kalondi, que preparaba sus bártulos para huir a otro reino. Al oír el estrépito de la guardia, el impostor se vió perdido, y entonces, rápido como el viento, cogió la tripa de un carnero que acababan de matar para preparar fiam-



bres en el viaje, y la arrolló al cuerpo de su fiel ayuda de cámara por debajo de la túnica. Los guardias apresaron a los dos hombres y les llevaron a presencia del sultán.

Entonces Kalondi se adelantó y dijo: "¡Oh, magnánimo soberano; yo he sido engañado como tú, pues el que me vendió las gallinas fué este miserable, al que voy a matar por traidor". Y así diciendo, Kalondi sacó su alfanje y dió un tajo al buen ayuda de cámara. El criado, sospechando la trama, se dejó caer como muerto, y de la tripa de carnero, que era lo único que había cortado el impostor, brotó la sangre a borbotones. Aterrado el rey por lo que veía, dijo así: "Te perdono a ti porque veo que dices la verdad, y a ese que nos engañó a ambos, también pido a Dios que le perdone, aunque me duele que le hayas dado muerte en mi presencia". "Si eso te aflige, soberano señor—dijo Kalondi—,



puedo devolverle la vida al instante con un magnífico talismán que tengo en mi poder". "¿Y qué talismán es ese?" "Este"—concluyó Kalondi—y sacó el rabo de una vaca. El rey, muy intrigado, le rogó que lo hiciera, y Kalondi tocó por tres veces el cuerpo del ayuda de cámara con el talismán mágico. Al tercer golpe, el criado abrió los ojos.

El rey entonces suplicó que le vendiese el rabo de la vaca prodigiosa, que resucitaba a los muertos, y Kalondi, fingiendo un gran desprendimiento, dijo que tan sólo aceptaría en pago del talismán, en que le regalara los dos caballos más veloces de su cuadra. El rey dió inmediatamente las órdenes, y Kalondi y su criado montaron en sus caballos, y cuando el rey se dió cuenta del engaño, ya los fugitivos, aprovechando el regalo regio—las dos más veloces cabalgaduras—, habían traspuesto las fronteras del reino en el que concluía el poder del rey burlado.

LOS TRES AVENTUREROS



CAPITULO VIII

En poder de los bandidos

Minutos después tan sólo quedaban sobre el vagón nuestros tres aventureros y el capitán de las fuerzas. Los bandidos del desierto, seguros de su triunfo, asaltaron el vagón por varios sitios. Los cuatro héroes se defendían a la desesperada. En aquel terrible cuerpo a cuerpo, Bos-



zaron los bandidos sobre la presa vencida. Los dos muchachos y el negro fueron atados como fardos, y cargados en las ancas de tres caballos. El resto de los bandoleros se había dedicado, mientras tanto, a saquear el tren, y minutos después, el convoy ardía como una antorcha gigantesca.

Consumada su hazaña criminal, los infames montaron en sus veloces cabalgaduras, y se internaron en el desierto



y los malhechores montaron a caballo, alejándose del lugar del combate.

La tropa de bandidos galopaba ya sobre la arena del desierto. Boston, con la frente partida, no daba señales de vivir. Rafa se había desmayado, y Polo, que conservaba toda su entereza, distinguió a lo lejos las figuras cónicas de unas tiendas, que debía de ser el campamento de los bandidos. Por la mente del rapaz

ten, sobre todo, hacia magníficas proezas; pero el valor sobrehumano de los aventureros tenía que ser vencido por la aplastante superioridad numérica. El gigante negro cayó herido de un formidable olatazo asestado en la cabeza, y el capitán de los leales, rodaba mortalmente herido de un balazo, entre los brazos de Polo y Rafa, que habían acudido a sostener al valiente soldado. Como mañana de lobos hambrientos, así se lan-



llevaron consigo a los tres aventureros que no esperaban encontrar piedad de aquella horda feroz de desalmados.

La duda y la incertidumbre se apoderó de los prisioneros. ¿Dónde les llevarían sus verdugos? ¿Qué suplicio, qué tormentos les esperaban? Porque no podía ocultárseles que si los criminales no les habían rematado en el acto, era para recrearse en su tortura. El que parecía ser el jefe de la banda, dió unas órdenes,

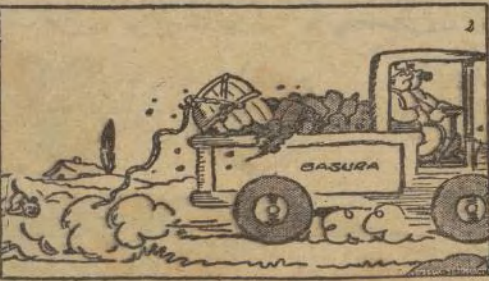


cruzaron rápidas unas angustiosas interrogaciones.

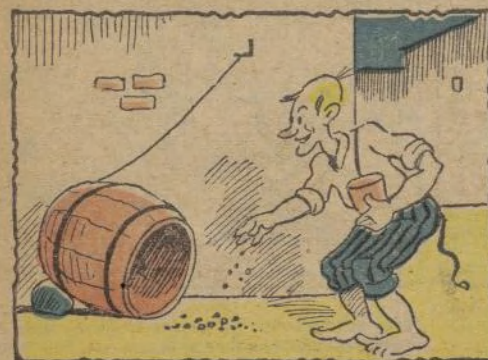
¿Cuál sería el fin de los aventureros? ¿Podría alguien salvarlos?

El pobre Boston era el que preocupaba a Rafa. De la herida abierta en la frente del negro brotaba sangre. ¿Había muerto, tal vez, el gigante de bronce?

FIN DEL CAPITULO VIII



Cascarilla



Cascarilla había perdido definitivamente la esperanza de encontrar colocación. Como no tenía ni una perra para un panecillo, decidió dedicarse a la caza e inventó un ingenioso y "sen-



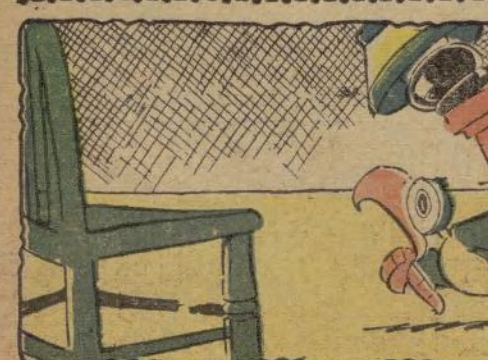
cillo" aparato para cazar gorriónes. La cosa era sencilla y no tenía más dificultad sino que pica-se algún pajarillo. Pero como de todo hay en este mundo, no tardó en venir un inocente



gorriónillo, más infeliz que un paraguas, el cual se coló en la trampa. Radiante de júbilo, Cascarilla se lanzó sobre su presa, pero bien pronto experimentó el desengaño. El pajarito era ton-



to, pero no tanto como para que se la diesen con barril, y como Cascarilla era más boba que el gorrión, no se había dado cuenta de que la presa podía escaparse por la "ventana".



Aquel criminal de perrote se había propuesto quitar la tranquilidad y la vida a la pobrecita Laura, que estaba pasando unos sustos como para quedarse en los huesos, a cau-

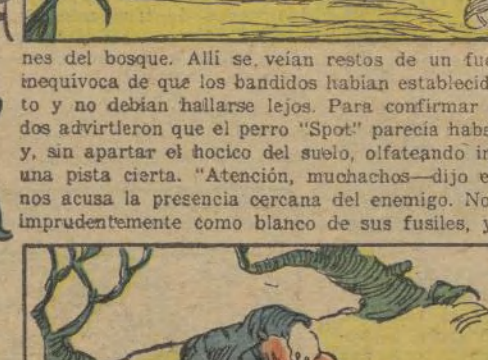
PRISIONEROS DEL MAR



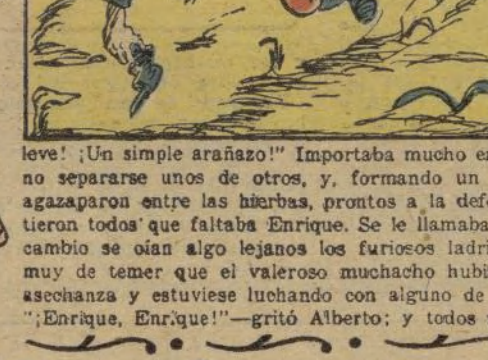
Después de almorzar, Ramirez expuso a todos el proyecto de actuación que había madurado. No era posible vivir en la cueva en plan de sitiados, por miedo a que los bandidos rondasen por las cercanías y les acometiesen a mansalva. Era preciso hacer una salida para alejar al enemigo o castigarlo duramente. Todos aceptaron la propuesta del piloto sin discusión. Quedó determinado que los cuatro más pequeños, Sebastián, Paquito, Vicente y Gabriel, permaneciesen en la gruta con Margarita, y con ellos también Ignacio, en



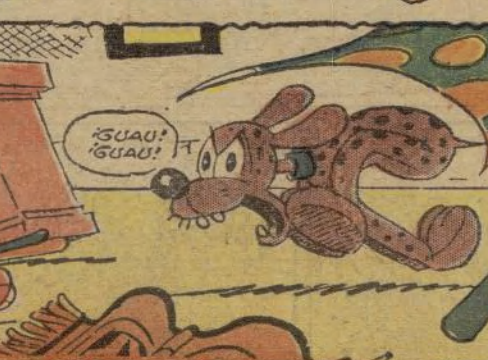
nes del bosque. Allí se veían restos de un fuego reciente, prueba inequívoca de que los bandidos habían establecido allí su campamento y no debían hallarse lejos. Para confirmar estas sospechas, todos advirtieron que el perro "Spot" parecía haber hallado un rastro, y, sin apartar el hocico del suelo, olfateando inquietamente, seguía una pista cierta. "Atención, muchachos—dijo el piloto—, el perro nos acusa la presencia cercana del enemigo. No ofrezcáis el cuerpo imprudentemente como blanco de sus fusiles, y asegurad vuestros



tos. Y usted, Alberto, que es un buen tirador, si alguno de los granujas se pone al alcance de sus balas, envíele una bien ceñida; que yo le aseguro que jamás emplearé otra más digna". Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se oyó una detonación cercana, y una bala, después de rozar el sombrero de Enrique, vino a incrustarse en el árbol en que se apoyaba. Casi al mismo tiempo retumbó otra detonación en el grupo de nuestros amigos, y se vió que un hombre, que corría a unos cincuenta



metros de distancia, cayó desplomado entre la maleza. Había sucedido que Alberto, al ver el humo de la primera detonación, había disparado certeramente, y, por las trazas, había abatido a un adversario. El perro "Spot" partió, ladrando furiosamente, hacia el sitio donde había caído el bandido, y Alberto, sin poder ya contenerse, se lanzó detrás del animal. Al verlo, Ramirez gritó a los suyos: "¡Adelante, muchachos; no podemos dejarle solo!" Todos corrieron, y momentos después se reunieron con Alberto junto al cuerpo tendido



che antes. "¡Ahí va eso para ti, Diego!"—dijo disparando su escopeta. Diego desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra, y Ramirez, desesperado, exclamó: "¡Mil diablos! ¡Se me habrá escapado otra vez ese miserable!" En aquel instante se oyeron los ladridos del perro más cercanos, y Alberto exclamó: "¡Firme, Enrique! Aquí estamos todos. Ya es nuestro!" Y todos vieron a Enrique, que luchando a brazo partido con uno de los bandidos, llamado Julio, este malvado logró derribar al muchacho, e iba a sepultar en

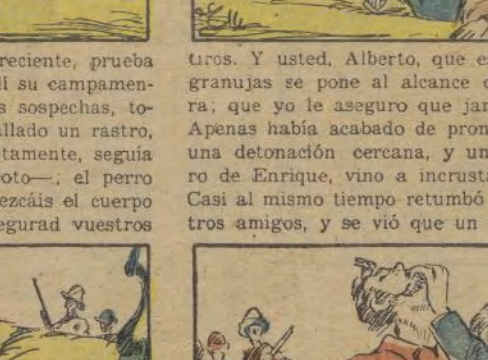
LA COTORRA SABIA



Perseguida de cerca por su implacable enemigo, Laura vino a parar al cuarto de su amo y se escondió entre las sábanas de la cama.



Pero aquel maldito y renegado perrote tenía la vista más fina que un silbido, y descubrió el escondite de la pobrecita cotorra.



El perrote se lanzó como si se tirara a nado, sobre la cama pero, con gran asombro suyo, no encontró dentro del lecho ni rastros de Laura.



Y es que Laura sabía mucho para dejarse coger, en cambio, el feo perrote fué prontamente capturado por el dueño, indignado contra el chuchó.



Y es que Laura sabía mucho para dejarse coger, en cambio, el feo perrote fué prontamente capturado por el dueño, indignado contra el chuchó.

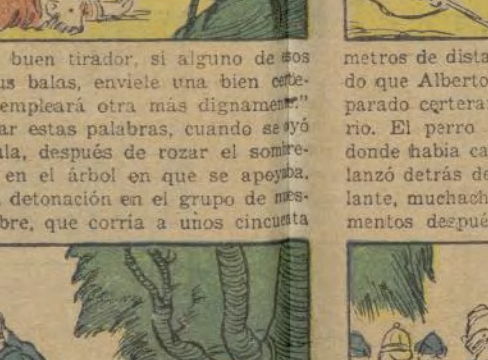
Repollo



La patrona de Repollo se había empeñado en colocarle en la habitación una artística pecera. Pero a Repollo, que odiaba a los peces de colores, le molestaba extraordinariamente el ver el



artefacto. Decidido a terminar con aquello, abrió la ventana, cogió la pecera y la lanzó a la calle, con el propósito de quitarse de en medio aquella maldita pecera, que tanto le molestaba. Pero la



patrona había suspendido el diminuto acuario de una cuerda, y, por ley natural, éste pendulose sobre la cadena, y, volviendo a entrar en la habitación, le demostró a Repollo, de forma con-



tundente que no podía reírse de los peces de colores.—Moraleja: No des golpes a los objetos colgados del techo, porque, a lo mejor, te suelen contestar rotundamente el "eco".



Y es que Laura sabía mucho para dejarse coger, en cambio, el feo perrote fué prontamente capturado por el dueño, indignado contra el chuchó.

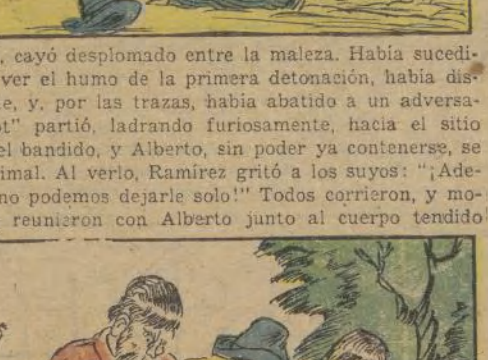
Repollo



La patrona de Repollo se había empeñado en colocarle en la habitación una artística pecera. Pero a Repollo, que odiaba a los peces de colores, le molestaba extraordinariamente el ver el



artefacto. Decidido a terminar con aquello, abrió la ventana, cogió la pecera y la lanzó a la calle, con el propósito de quitarse de en medio aquella maldita pecera, que tanto le molestaba. Pero la



patrona había suspendido el diminuto acuario de una cuerda, y, por ley natural, éste pendulose sobre la cadena, y, volviendo a entrar en la habitación, le demostró a Repollo, de forma con-



tundente que no podía reírse de los peces de colores.—Moraleja: No des golpes a los objetos colgados del techo, porque, a lo mejor, te suelen contestar rotundamente el "eco".



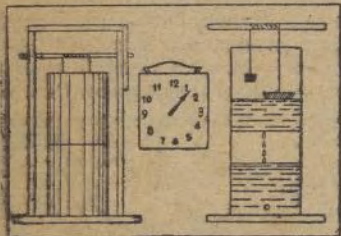
Y es que Laura sabía mucho para dejarse coger, en cambio, el feo perrote fué prontamente capturado por el dueño, indignado contra el chuchó.

AMENIDADES



Angedita Migueláñez, es una niña de las pequeñas grandes artistas, que cada semana obtiene un triunfo definitivo, tomando parte en las emisiones de los jueves infantiles que en Radio España organiza JEROMIN.

Cómo se fabrica un reloj de agua.—Con muy poco gasto puede construirse un reloj rústico pero seguro. Se necesitan dos vasijas o recipientes de hojalata, y se sueldan una encima de la otra. El fondo que las separa debe tener un pequeño agujero por el que pueda caer lentamente a la vasija inferior el agua que se ponga en la superior. Encima de ésta se coloca una varita de madera, sostenida por sus extremidades en dos pies verticales, y de modo que pueda girar sobre sí misma. En esta varita horizontal se enrolla un cordel, con cinco o seis vueltas. De uno de los extremos libres de este cordel se cuelga un trozo de corcho o de madera, que flotará sobre la



superficie del agua de la vasija superior, y del otro extremo se suspenderá un contrapeso; por ejemplo, un trozo de plomo. Conforme el agua de la vasija superior vaya trasvasándose a la inferior, el cordel hará girar la vara horizontal, en una de cuyas extremidades puede ponerse una manecilla, que vaya señalando las horas sobre un cuadrante.

Los dibujos lo explican todo perfectamente. Lo más importante es graduar de tal manera el agujero que pone en comunicación ambas vasijas, que cada giro completo de la varita horizontal, y por consiguiente de la manecilla unida a ella, se realice en el tiempo de una hora.



Ante el micrófono, triunfa en los jueves infantiles de JEROMIN: la gracia y el garbo de este pequeño artista, elemento destacado del cuadro artístico de JEROMIN.



Un automóvil de postín; sí, señores, de postín el coche y de postín el dibujo. Felicitamos al autor de la obra de arte, M. Gómez, madrileño y de once años de edad.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN"

CAPITULO XLVII

Justicia de Dios

Los dos Robinsones echaron a correr en dirección al bulto visto por el marinero. No cabía duda de que era un ser humano, y pensaron



do con lógica no podía ser otro que Marino, el superviviente de la tragedia del "Airón".

Con rápido paso atravesaron la distancia que había entre la choza y el altozano tras el que se ocultaba el maltés. Al traspasar el cerro, divisaron al traidor, que les había reconocido sin duda, a juzgar por el apresuramiento con que emprendiera la huida.

—Corramos tras él—dijo el señor Albani distinguiendo al fugitivo que trataba de ganar el bosque.

—Los dos amigos emprendieron la persecución del maltés, que ya huía de una manera decidida. Al cabo de un cuarto de hora, vie-



ron al hombre que corría delante de ellos, vacilar, apoyarse en un árbol y caer al suelo.

Instantes después, los dos amigos llegaron al lugar donde el individuo había caído: sus sospechas se confirmaron al contemplar al hombre; era Marino. El desgraciado respiraba anhelosamente, agotadas sus energías por el esfuerzo de la carrera. Los naufragos le contemplaron con lástima. Estaba el traidor reducido a un estado lamentable; flaco, demacrado, esquelético, en su rostro se adivinaban todas las privaciones, las mayores miserias y calamidades.

—¡Piedad!—musitó con voz débil— ¡No me matéis! ¡Perdón! El señor Albani se inclinó sobre él, y le hizo beber un trago de la fuerte bebida que llevaba en una calabaza. El misero pareció serenarse, y miró a los naufragos con ojos de asombro. No se explicaba el miserable cómo le trataban con cariño aque-

llos hombres a los que tanto daño y tanto mal había hecho.

Los Robinsones comenzaron a friccionar el cuerpo del maltés; luego le hicieron comer algunas de las galletas que llevaba Enrique. El traidor fué reanimándose, y contó su calvario. Al huir del "Airón" creyeron poder ganar puerto seguro; pronto se desmintieron, y acabaron por naufragar en aquella isla. Mientras les duró la pólvora y las balas, Harry y Marino pudieron alimentarse con la caza que se proporcionaban. Pero al concluirse las municiones comenzaron las dificultades para subsistir. Pasaron hambre, y su situación se hizo desesperada. Sabían la existencia de los tres Robinsones, a los que habían espiado, sin atreverse a



presentarse temiendo las justas represalias de los naufragos del "Airón". Hacía tres días que Harry había muerto al comer un pescado venenoso...

El señor Albani interrumpió la triste narración de Marino, y le dijo interrumpiéndole: —Basta ya! Mucho mal hicisteis, pero la justicia de Dios se encargó de castigaros. Desde ahora serás nuestro compañero y amigo.

—¡Vuestro esclavo! ¡Seré vuestro esclavo!—sollozó el misero tratando de besar los pies de sus salvadores.

—¡Serás nuestro amigo y compañero— exclamó Albani alzándole del suelo—. En la tierra



de los Robinsones españoles no habrá jamás odios ni habrá jamás esclavos. ¡Eres nuestro camarada! ¡Como a tal te trataremos!

Y la voz del generoso Robinson sonó grave y magnífica en la calma de la isla, que comenzaba a ennoblecer la piedad, la honradez y el heroísmo de los naufragos del "Airón".

Fin del capítulo XLVII

No dejéis de leer el siguiente capítulo, titulado "Un drama en el mar", que publicaremos en nuestro próximo número.



Hoy hablará JEROMIN en Radio España

El éxito de los jueves infantiles de JEROMIN, en Radio España, es mayor cada semana. Cada semana, también, como veis, mejoran estas emisiones; el magnífico programa para hoy es el siguiente:

A las cuatro y media de la tarde, festival cinematográfico infantil, en el salón María Cristina, proyectándose diversas y entretenidísimas películas. Sorteo de juguetes entre los asistentes.

A las cinco y media, en Radio España, emisión infantil.

¿No os habéis hecho aún de los "Amigos Infantiles de "Radio España"? Rellenad el siguiente boletín, enviadle a Manuel Silvela, 9, y sólo por UNA PESETA al mes, podréis asistir al "cine", a las emisiones, y entrar en el sorteo semanal de juguetes.

AMIGOS INFANTILES DE RADIO ESPAÑA

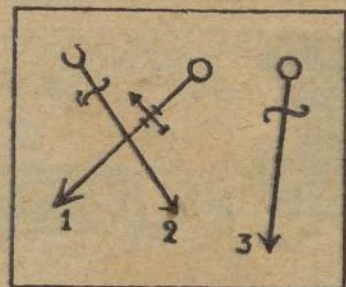
Manuel Silvela, 9.

Don, domiciliado en, provincia de, calle de, núm., desea pertenecer a la "Asociación de Amigos Infantiles de Radio España".

Firma.

PASATIEMPOS

Los ojos mienten.—Algunos dicen que no creen lo que no ven. ¡Como si todo lo que se viera fuera verdad! ¡Porque los ojos también engañan! Y si no, véanse estos ejemplos.

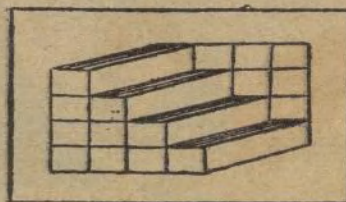


De estas tres espadas antiguas o flechas, ¿cuál os parece a golpe de ojo que es la más pequeña y cuál la mayor? De seguro diréis que las más cortas son las dos que están cruzadas, y la más grande la que está vertical. Pues no señor. La número 1 es la más larga, y las



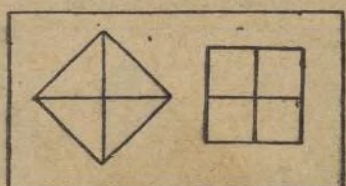
otras dos son perfectamente iguales. Medílas.

Vamos a los escudos. Aquí tenemos tres: uno con un cerco blanco alrededor; otro con un aro blanco en su interior, y otro con un círculo negro en su centro. ¿Verdad



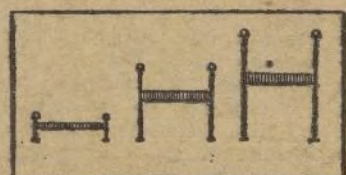
que el número 2 parece el mayor, y el número 3 el menor de todos? Pues los tres son iguales.

Mirad ahora atentamente esa escalera. Se ve bien claramente que sube de derecha a izquierda. Pero si os fijáis mucho, podrá suceder de repente, al menor movimiento



del papel, que os parezca que la escalera se invierte y baja de derecha a izquierda, pero boca abajo; es decir, que para bajar por ella una persona tendría que andar la cabeza abajo y los pies arriba.

Tenemos a continuación dos ventanas cuadradas: una, de lados verticales; y otra dispuesta oblicuamente. ¿Cuál de ellas os parece mayor? Sin duda que la segunda.



Pues bien: son absolutamente iguales.

Finalmente, os presentamos los dibujos esquemáticos y de perfil de tres lechos. Si os mandamos elegir el más largo, ¿cuál elegiríais? Sin dudarlo, el de la izquierda. Y, sin embargo, los tres son iguales de largura. Pero cuanto más altos son, parecen más estrechos.



Allá va la nave, ¿quién sabe dónde va? El que lo quiera saber, que se lo pregunte a Juanito de San Román, autor del precioso dibujito

LA VENGANZA DE CRISTOBALIN



Su papá se había empeñado—hasta las cejas—en que fuese marino, y para acostumbrarlo a la vida de mar, había decidido que Cristobalin navegase por unos años bajo los cuidados de su tío don Verecundo, que era capitán de fragata y mandaba un pequeño trasatlántico. El pobre Cristobalin tenía tanta afición al agua como los gatos, y para que su tío y su padre se convenciesen por fin y lo

desembarcasen aunque fuese en una isla desierta, con tal de que fuese en tierra firme, le jugaba al capitán cada pasada de las que se publican en los periódicos de a bordo. Su última jugarreta le había valido a Cristobalin tres días de encierro a pan y agua, y para completar el saludable efecto del castigo, el tío capitán le estaba espetando al sobrino las últimas parrafadas de un elocuente sermón. El



cual, por cierto, produjo mucho efecto. Porque apenas acabó el predicador, Cristobalin se coló en el camarote del capitán y allí comenzó a husmearlo todo, en busca de alguna golosina con que compensarse de su largo y forzado ayuno. Pero lo que encontró fue una cajita con pólvora gris, y aquel hallazgo hizo brotar en el cerebro de Cristobalin una luminosa idea de ruidosa venganza. Cogió un puñado de aque-

lla pólvora y la mezcló con el tabaco que su tío guardaba en una caja donde solía cegar su pipa. Y en efecto, momentos después, para celebrar la buena obra que había hecho con su sobrino y la conversión que de él esperaba, cebaba su buena pipa y con ella en la mano se dirigía feliz hacia la cubierta del buque, para no encender cerillas en el interior del barco, como lo recomendaba la más escrupulosa



prudencia. Cuando llegó a cubierta, el capitán don Verecundo respiró satisfecho las puras auras marinas, y encendió una cerilla. El granuja de Cristobalin espiaba ansioso detrás de un mástil las maniobras de su tío, mascando ya la tragedia que se acercaba. Don Verecundo aplicó la cerilla a su buena pipa, y... el fogonazo chamuscó toda la cara del capitán dejándole la nariz más colorada que una guindilla.

Cristobalin estaba vengado, y como si la cosa tuviese la mayor gracia del mundo, salió de su escondite a celebrar el chistoso acontecimiento. Pero su asombro no tuvo límites cuando vio que su tío don Verecundo no lo tomaba tan en broma, y por todo comentario le aplicaba la punta de la bota en plena popa. ¡Los hay brutos e incomprensivos!

EN SERIO Y EN BROMA



En los países infestados de fieras los indígenas tienen que ingeniar-se para deshacerse de sus mortales enemigos con el menor riesgo suyo. La figura primera representa un sencillo procedimiento para cazar tigres y panteras. Un trozo de carne se ata con tres cordeles, que por el otro extremo se sujetan a los gatillos de tres fusiles dispuestos sobre caballetes, de tal modo, que apunten al trozo de carne. Cuando la fiera tira del cebo, los fusiles se



disparan y hieren mortalmente al animal. Otro procedimiento consiste en encerrarse un cazador dentro de una jaula de bambú muy consistente. El tigre, atraído por el olor humano, acomete a la jaula, y presenta el vientre en el que el cazador hunde su arma mortífera.

Los romanos hacían especial aprecio de los pájaros canoros, hasta del cuervo, que no canta, pero logra pronunciar algunas palabras como el papagayo. Estas especies de aves eran solícitísimas, y constituían los más valiosos presentes. Conforme fué cre-



ciendo el lujo fué también creciendo la pasión por estos pájaros canoros y surgieron pajareras imponentes que constituían verdaderas obras de arte. Entre ellas es celebrísima la de Varrón, que él mismo describe en su tratado de agricultura y cuyas ruinas podían admirarse todavía diez y siete siglos después.



—Vamos a ver. ¿Qué forma tiene el mundo?
—Redondo.
—¿Y cómo lo sabe usted?
—Porque usted me lo ha dicho.
—Pero bueno. ¿Y yo por qué lo sé?
—¡Anda! Porque se lo habrá dicho otro.



Desde hace veintitrés siglos se tenían noticias de que en las fuentes del Nilo vivía un pueblo de enanos. Pero después no se supo

nada más hasta que en 1871 el explorador Jorge Schweinfurth comprobó la existencia de estos pigmeos en la costa occidental del lago Alberto Nianza, que efectivamente está cerca de las fuentes del Nilo. Los pigmeos viven en pequeñas tribus, y habitan minúsculas casas de no más de metro y medio en cualquier dimensión. Las mujeres que no tienen hijos trabajan la tierra, y los viejos guardan el fuego, porque si se les apagara... tendrían que esperar a que un rayo incendiase un bosque para procurárselo de nuevo.

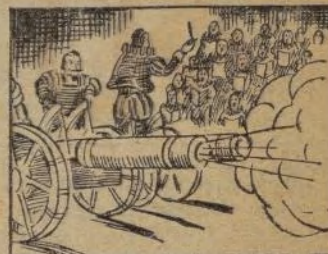


El emperador romano Nerón, cuyo nombre ha pasado a la historia como símbolo de toda perversión y crueldad, tenía una barba de un color amarillento cobrizo que era característica en los individuos de su familia, por lo cual se les llamó los "enobarbos". El emperador la tenía en mucha estima y una vez se la cortó y, puesta en una especie de relicario de oro y piedras preciosas, la ofreció a Júpiter Capitolino, al que llamaba nada más que "colega".



—Mozo, queremos comer.
—Perfectamente; ahora le envía a un compañero.
—¡Pero si nosotros no queremos comernos a su compañero!

El cañón es también un instrumento de música. Por lo menos como tal ha sido empleado. En 1784, la emperatriz Catalina de Rusia invitó para que se estableciera en su corte, a José Sarti, que

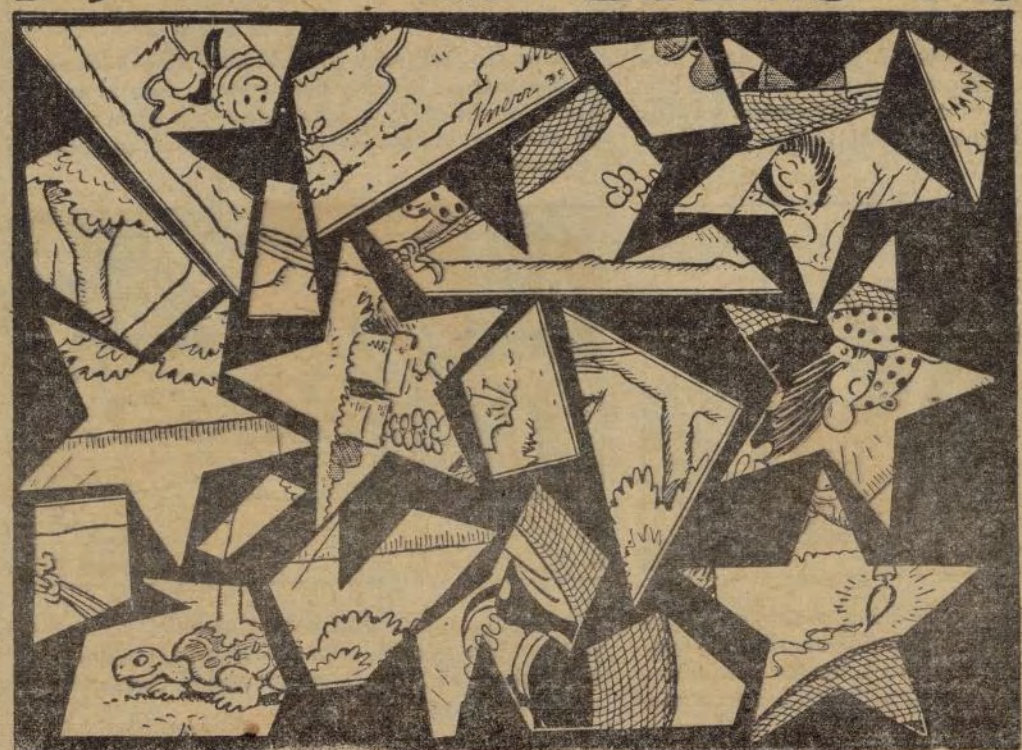


había sido maestro de capilla en Milán, en Venecia y en Copenhague. Para celebrar la conquista de una fortaleza por un favorito de Catalina, escribió un "Te Deum" en cuya ejecución tomaron parte enormes masas vocales e instrumentales y además una batería de cañones de diversos calibres. El éxito fué, naturalmente, estrépitoso. Catalina recompensó al compositor haciéndolo noble y señalándole una pensión de 36.000 rublos.

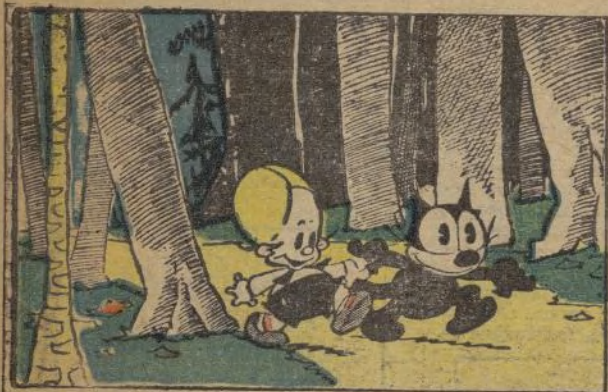


—¡Queda usted detenido!
—¿Por qué?
—Por no obedecer la indicación de detenerse al cruzar la calle principal para dar paso a los peatones.

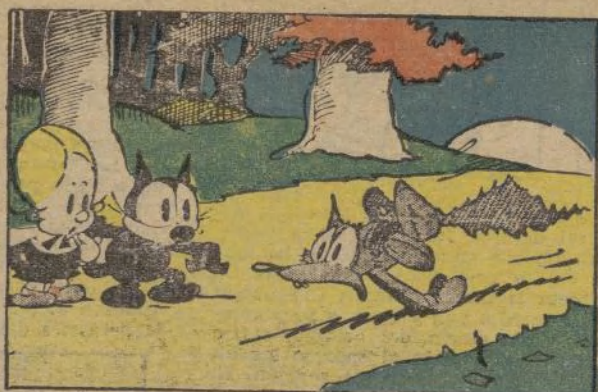
ROMPECABEZAS



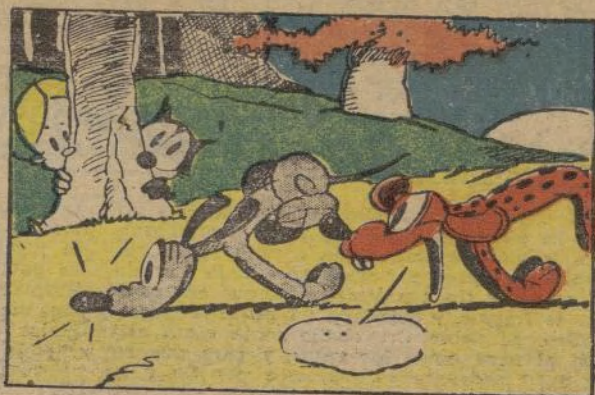
ANDANZAS DE GATO FELIX



El aguilucho padre, además de traerles alimento y proporcionarles cama limpia, les enseñó, así que fué de día, el camino de la salida del bosque, camino que ambos emprendieron, deseosos de llegar a su casa.



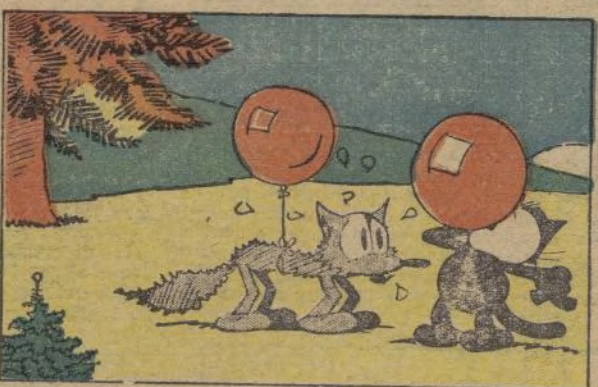
Ya en el límite de la selva, vieron sorprendidos cómo una zorra corría a todo gas y con una cara de susto que asustaba al miedo. "¡Socorro! ¡Me persiguen!"—exclamó la zorra al ver a nuestros amigos.



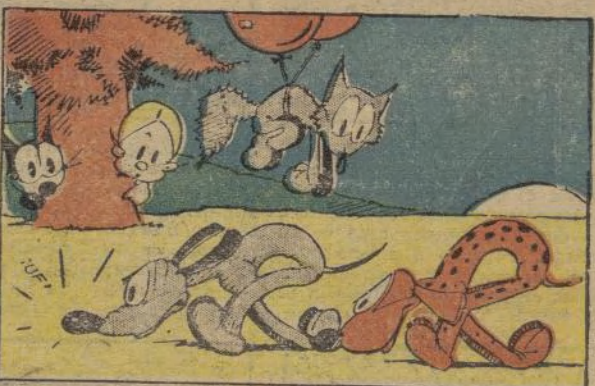
A lo lejos se oyó un frenético galope, y Félix y Bimbete contemplaron a un par de sabuesos que corrían tras la pista de la zorra, dispuestos a hacerla fosfatina en cuanto logran echarla el guante, que iba a ser guantazo.



A Félix, que, como sabéis, tenía un corazón de platino, le impresionaban mucho las tragedias, y, comprendiendo que la zorra iba a caer en poder de los sabuesos, metió la directa, dispuesto a salvar al animalillo.



Con aquella rapidez de patas que le caracterizaba, el gato dió bien pronto alcance al animalillo y le dijo que se confiara a él, pues iba a salvarla. Acto seguido infló unos globos que llevaba y los ató al cuerpo de la zorra.



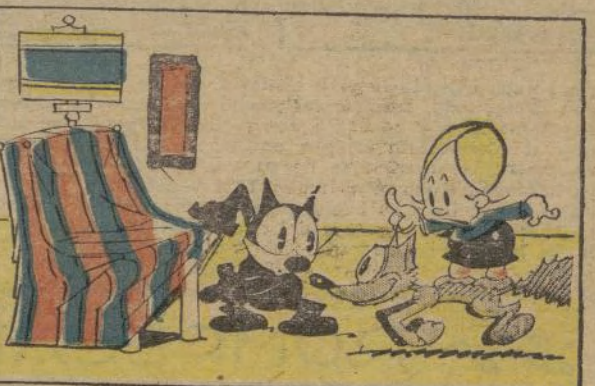
Los globos elevaron al animal, y cuando llegaron los canes olfateando la pista, comprobaron que la habían perdido, y, mohinos y cabizbajos, regresaron a su punto de partida a ver si encontraban el rastro desaparecido.



El fiero cazador amo de los perros se enfadó terriblemente cuando vió regresar a sus sabuesos sin la presa segura, pero como aquello ya no tenía remedio, picó espuelas a su jaco y se marchó a casa sin caza.



Pasado el peligro, Bimbete le echó a la zorra una soga al cuello y, ya bien orientados, se dirigieron con su presa camino de su casa, la que divisaron bien pronto, pues el aguilucho padre les había orientado muy bien.



Una vez en casa, y ante el temor de que los papás de Bimbete no le tolerarian tener en casa al animal, decidieron esconderla debajo de una butaca, esperando una ocasión para decir que les dejaran tener al animalillo.



La mamá de Bimbete les regañó mucho por su aventura de la selva. El papá también se enfadó, pero nuestros amigos prometieron salir siempre de casa con una guía de bolsillo para no perderse, y la cosa quedó así.



A la mamá de Bimbete le dió de pronto un mareo pensando en el peligro que había corrido su hijito querido. Su esposo fué a sentarla en la butaca, y entonces ocurrió algo inesperado, que iba a traer consecuencias.



La butaca, repentinamente animada, echó a correr y salió a la calle, ante el asombro de todos. ¿Qué había pasado? ¿Qué había sucedido? (Lo sabréis en el número próximo.)

(Continuará.)